

Philip JENKINS, *La historia olvidada del cristianismo. El milenio dorado de la Iglesia en Oriente Medio, África y Asia... y su destrucción*, Salamanca: Sígueme, 2020, 317 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-301-2061-1.

La mayor tragedia del Occidente cristiano estriba en tratar de sobrevivir desconectado de sus propias raíces, de espaldas a las antiguas Iglesias apostólicas y con vergüenza de sí mismo. Viene a recordarnos este olvido y este riesgo el catedrático de historia de la religión en la Baylor University (Waco, Texas), Philip Jenkins (Gales, 1952), con esta monografía sobre “The lost History of Cristianity”, que dan ganas de traducir “la historia que nos perdimos los cristianos por vivir de espaldas unos a otros” como también “la historia de cristianismos que se han perdido”.

Ciertamente la perspectiva del autor no es de la historia de la Iglesia sino del historiador del hecho religioso que se asombra del proceso que hace que una determinada religión pueda crecer –por atracción o promoción política– o pueda sucumbir –por persecución política o por falta de atractivo espiritual–. Por ello enmarca sus reflexiones con referencias a otras creencias ancestrales que han desaparecido o han sido barridas de su propia región natural; sin embargo, acaba dando una historia bastante equilibrada de las expresiones religiosas cristianas que se desarrollaron desde África hasta China o Japón, y el proceso de su marginalización y sofocamiento, hasta llegar en algunos casos a su desaparición.

No es fácil combinar la geografía antigua y la moderna, la evolución de los conceptos, las fases de la historia, las interrelaciones políticas con las formulaciones dogmáticas, por lo que solo el intento que hace el autor por presentarlos todos sin por ello hacer pesado su estudio ni enredarse en un mundo de erudición, es admirable. Claro que podemos criticar algún descuido teológico (en página 10, Cristo tiene dos naturalezas, pero no están “mezcladas” según las fórmulas de Calcedonia el 451) u ortográfico (no es coherente en el texto la distinción entre iglesia e Iglesia) así como mejoraría el libro con una bibliografía ordenada por autores (y no solo en las notas del texto) y un apéndice para mapas más abundantes, ... pero lo podemos excusar en una obra de extensión limitada y pretensión de alta divulgación.

Más claro hubiera resultado el texto si se hubiera ceñido al orden geográfico, narrando la historia de cada Iglesia apostólica, o en fases históricas,

pero el autor ha preferido anudar los acontecimientos desde su perspectiva del surgimiento, declive y desaparición por absorción o persecución de una tradición religiosa. Puede así también ofrecer un cuadro para entender los problemas actuales que encuentran los occidentales –que ignoran el peso de la historia– en sus relaciones geopolíticas y económicas con los regímenes de África y Asia.

Hay que respetar también el martilleo constante en el libro sobre el escaso interés de los occidentales en conocer la historia e instituciones del Oriente cristiano, pues por mucho que se lamente, será siempre insuficiente para reparar el daño que les hemos causado con nuestra prepotencia y el daño que nos causamos a nosotros mismos con esa ignorancia. Y si esto es grave entre los católicos romanos (que ignoran o desprecian las otras tradiciones apostólicas) es todavía peor entre los protestantes americanos, cuyo fundamentalismo bíblico, puritanismo moral y simplismo ritual, les incapacita para comprender todo el primer milenio cristiano.

Entrando en la presentación de los contenidos, a la introducción (*Sobre los tópicos y estereotipos*) siguen nueve capítulos de diversa extensión, concluyendo un *Índice de nombres, topónimos y temas* (todo mezclado, mejor se hubieran separado los temas) y el *Índice general*.

Como consta en la *Presentación* (cfr. p. 12) el autor reconoce los problemas en la transcripción de nombres de personajes y topónimos que pueden ser desconocidos en Occidente o tener nombres distintos según la época (griego, turco u occidental), y da con frecuencia la equivalencia. A pesar de ello, quizá el lector no especialista necesitará consultar un atlas histórico o la wikipedia. Igualmente, y aunque las use relativamente por sentido práctico, reconoce lo inadecuado de mantener los nombres antiguos negativos a Iglesias como la nestoriana o la monofisita, que no responden a verdaderas diferencias dogmáticas, pues como «en torno al 800, el gran patriarca nestoriano Timoteo formuló (...) nestorianos, monofisitas y ortodoxos, compartían la misma fe en la Trinidad, en la encarnación, en el bautismo, en la adoración de la cruz, en la santa eucaristía, en los dos Testamentos; todos creían en la resurrección de los muertos, en la vida eterna en el retorno glorioso de Cristo y en el juicio final» (p. 11).

La tesis principal del libro se plantea ya en el primer capítulo (pp. 13-62) *El fin del cristianismo global*, pues narra las vicisitudes de la Iglesia nestoriana desde su extensión a la India y a China hasta su repliegue moderno (a partir de la invasión mongola, en el siglo XIV, hasta el éxodo actual) como un ejem-

plo de cómo pueden morir las religiones. Pienso que este hilo rojo del libro sea lo más discutible, pues realmente más que aglutinar interfiere el hilo expositivo: no acabamos de saber cuándo está narrando el desarrollo y el declive de una tradición religiosa o cuándo está ejemplificando sus tesis. De todos modos, la agilidad narrativa y la necesidad de cubrir este vacío informativo que tenemos los occidentales de nuestros hermanos de Oriente compensa ampliamente esta crítica: «la particular forma de cristianismo a la que estamos acostumbrados difiere radicalmente de la que, durante más de un milenio, fue su norma histórica. Y es que antes hubo otro cristianismo global. De hecho, durante la mayor parte de su historia, hasta el siglo XIV, el cristianismo fue una religión de tres continentes, con fuerte presencia tanto en Europa como en África y Asia» (p. 16). Y si es relevante la acusación de eurocentrismo en nuestra propia percepción cristiana, no menos lo es la de ucronismo: «Los esquemas mentales de historia cristiana que nos hemos formado suelen omitir un periodo de mil años, así como varios millones de kilómetros cuadrados de terreno» (p. 28).

Reclama con valor la necesidad que tenemos de esta historia perdida para conocernos a nosotros mismos: «Si queremos hacernos una idea de cómo podría haber sido la Iglesia primitiva si se hubiera desarrollado independientemente, sin la ambigua protección que le proporcionó su alianza con el poder romano, no tenemos más que mirar hacia Oriente» (p. 21). Igualmente aclara tópicos que arrastramos torpemente: «Fueron los cristianos –nestorianos, jacobitas, ortodoxos y otras denominaciones– quienes preservaron y tradujeron la herencia cultural del mundo antiguo –su ciencia, su filosofía y su medicina– y quienes la llevaron a enclaves como Bagdad y Damasco. Gran parte de lo que llamamos sabiduría árabe era en realidad siríaca, persa y copta, y no necesariamente musulmana» (p. 33).

El capítulo segundo, *Las Iglesias del Oriente*, en realidad es una revista de las diversas Iglesias orientales desde Egipto hasta China pasando por India, Persia, Siria, Armenia y Georgia, Etiopía y Eritrea, destacando aquellos datos históricos que pueden ser más atractivos para el lector occidental: no es Francia sino Armenia la primera nación oficialmente cristiana (el año 300), la capacidad organizativa de Jacobo Baradeo en el siglo VII para estructurar una Iglesia clandestina que perdura hasta hoy, la vitalidad de la Iglesia de tradición copta, la antigüedad de la jerarquía católica en la India, la extensión del cristianismo en China a través de la ruta de la seda...

Aunque cumple su función de despertar el deseo de completar esta laguna imperdonable en nuestros conocimientos, no espere el lector una presentación homogénea de la historia, geografía o demografía de las diversas Iglesias de origen apostólico, para lo cual tendrá que buscar las monografías correspondientes (por ejemplo, en español, es recomendable la visión general que se recoge en J. M. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *Las Iglesias orientales católicas. Su nuevo contexto eclesial*, Barcelona: CPL, 2017).

En el capítulo tercero (*Otro mundo*, pp. 93-120) se destacan como contribuciones al patrimonio inmortal del mundo cristiano el desarrollo del monacato, tanto en su forma eremítica como cenobítica, en Egipto y Siria, y el esplendor de la erudición patrística en las escuelas de Alejandría, Edesa, Nísibi, Babilonia y Ctesifonte.

El cuarto capítulo (pp. 121-170) viene a explicar ya desde el título (*La gran tribulación*) porqué «la cronología de la antigua Iglesia que nosotros aceptamos está equivocada: el cristianismo semítico antiguo no muere en el siglo IV, sino en el XIV» (p. 22). Se detalla con suficiente amplitud la tenaza que los diferentes regímenes musulmanes fueron aplicando a las poblaciones conquistadas en Egipto, Mesopotamia y Asia menor desde el siglo VIII hasta su asfixia en el siglo XIV como consecuencia de las invasiones mongolas, el relativo fracaso de las cruzadas y la radicalización de las masas, de modo que la caída de Constantinopla el 29 de mayo de 1453 no es sino el colofón de la alarmante y creciente persecución desatada por la conversión al islam de los mongoles, y la impotencia de una cristiandad europea dividida y diezmada por la peste negra, ensimismada en su “renacimiento”.

El capítulo quinto, *Los últimos cristianos*, detalla la reducción progresiva de los creyentes en Cristo en los territorios del imperio otomano desde el siglo XV hasta hoy, quedando manifiesta tanto la eficacia del sofocamiento lento con el que la cultura islámica somete a los ciudadanos de otras religiones que acaban por convertirse o emigrar, como la ceguera criminal de las políticas occidentales, preocupadas únicamente de sus intereses económicos o de poder.

El capítulo sexto, *Fantasmas de una fe*, va tejiendo en las páginas 209-248 cómo «las religiones que perduran se elevan sobre las ruinas de sus predecesoras» (p. 209): ¡cuántos edificios, arte e instituciones cristianas orientales se han conservado como mezquitas o ritos musulmanes, cómo la fe clandestina va informando costumbres, como el mismo Corán evidencia fuentes cristianas y judías, cuánto de la religiosidad mística islámica no se explica sino desde el

sustrato cristiano, cuántos santos y santuarios se han mantenido trasmutados en la nueva religiosidad!

Los capítulos finales forman como una especie de tríptico: *Cómo mueren las religiones* (séptimo); *El misterio de la supervivencia* (octavo); *Finales y principios* (novenio).

Respecto a las causas del declive, ejemplificado en el sofocamiento de los cristianos orientales por el islam, destaca el autor la persecución política, la natalidad, la emigración, el efecto de desastres externos percibidos como amenaza religiosa, denominado “efecto trinquete” (p. 253).

Al tratar en el capítulo octavo (pp. 269-290) el fenómeno contrario, la supervivencia, contraponen la destrucción de la cristiandad norteafricana con el éxito copto, extrayendo cuatro lecciones fundamentales: 1) El peligro de embarcarse en una “teología del éxito” que usa la prosperidad terrenal como criterio de verificación de la autenticidad espiritual; 2) El desconocimiento entre los cristianos modernos de las causas institucionales que arruinaron las Iglesias del pasado, que puede llevarles a repetir sus errores; 3) El fracaso de una religión que se identifica en exclusiva con una raza, región, nación o una clase social, renunciando a ser fermento abierto a toda la sociedad; 4) El dilema de utilizar la lengua y las instituciones del invasor, acelerando así la asimilación cultural, o rechazarlas, y condenarse a la marginalidad social.

Después de dos tesis antitéticas, se llega a la síntesis: «Perder Iglesias antiquísimas es una cosa, y otra, perder por completo su recuerdo y su experiencia, lo cual constituye un desastre casi igual de terrible. Para romper el silencio debemos recuperar la memoria» (pp. 306-307). No podemos estar más de acuerdo con tales conclusiones.

En resumen, un libro valiente y necesario que cubre una laguna informativa en muchos de los historiadores y teólogos occidentales, pero sirve solo de aperitivo y de revulsivo: abre el apetito ante la historia heroica y rica en instituciones, liturgia, arte y teología de las Iglesia apostólicas orientales, que no podemos ignorar sin traicionarles; pero deja también al descubierto nuestra negligencia cómplice y la necesidad que tenemos por nuestra propia supervivencia, de atender y preservar todas las tradiciones cristianas de origen apostólico.

Eduardo TORRES

Universidad de Navarra

DOI 10.15581/006.55.1.226